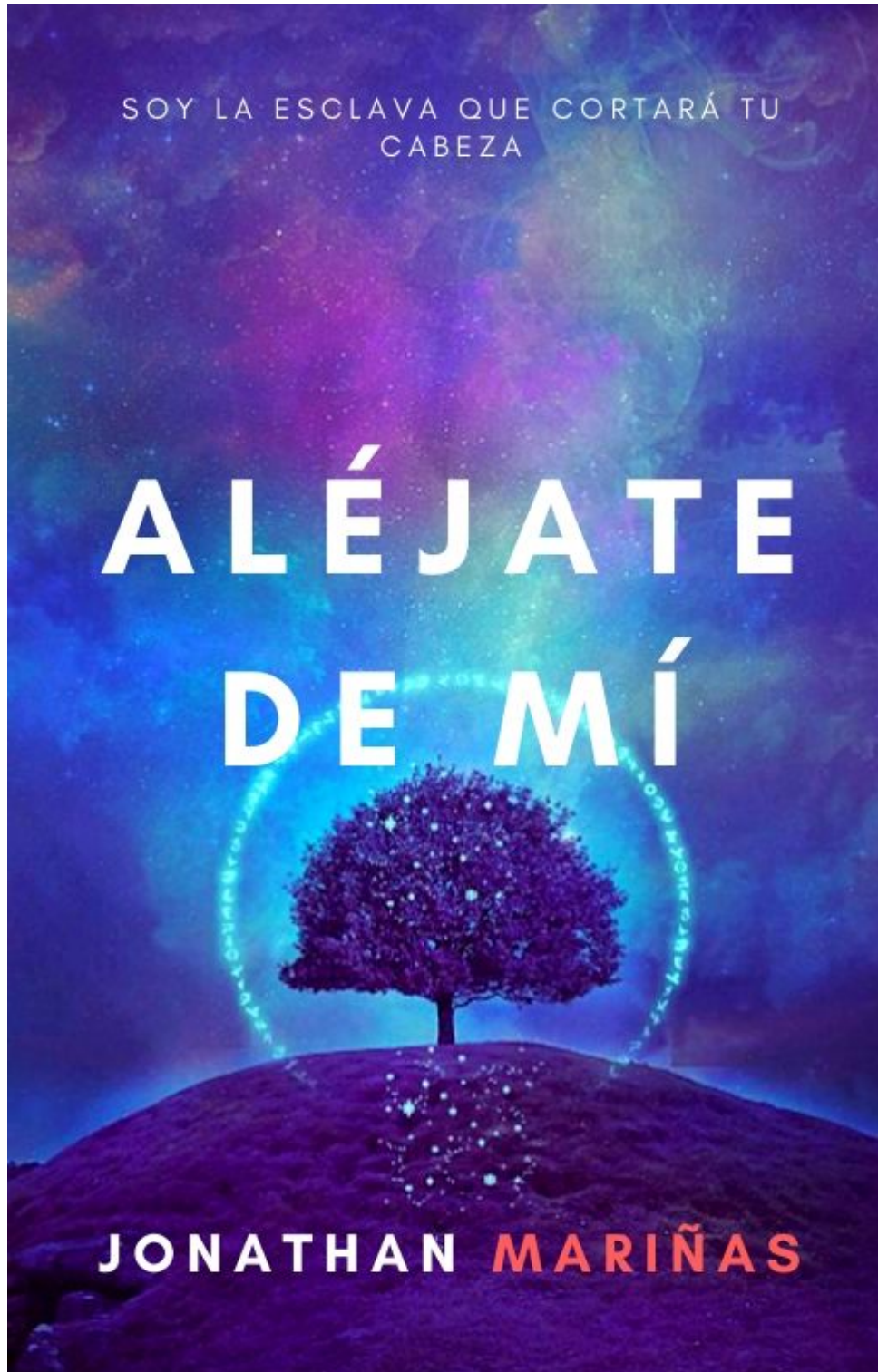


Aléjate de mí (libro 1)

Jonathan Josué Mariñas Sánchez



Capítulo 1

MARIE

La maté.

No era una ilusión, ni era otro truco de magia. Maté a la reina.

Lo recuerdo.

La ceremonia para el anuncio real estaba por empezar y la servidumbre se movía en silencio por los extremos de la sala principal del castillo para ir hacia la parte posterior de las habitaciones. Yo formaba parte de ese grupo, así que le hice una pequeña reverencia a los reyes, a regañadientes, y subí los escalones uno a uno para felicitar a la reina. Sabía que era lo que se anunciaría, pues yo había sido quien lo predijo meses antes. Me acerqué y le di una sonrisa que me salió del corazón y es que era muy difícil resistirse a la nobleza de la reina y a su bella sonrisa que muchos decían que era un regalo que los dioses le habían dado para poder mover y conquistar masas, muy diferente al rey, quien para lograrlo usaba la fuerza y el miedo. Intenté besarle la mano, como siempre lo hacía al despedirme, pero cuando mis dedos la tocaron, ella emitió un chillido aterrador que me hizo retroceder. Sentí que algo despertó de una forma brusca dentro de mí. Trastabillé con mis propias piernas y bajé en un santiamén los escalones. La guardia real se puso en alerta y se acercaron dando grandes zancadas colocándome al centro del palacio, acorralada por espadas filosas, atrapada como una rata del lago negro. Me quedé asustada, pero cuando vi lo que pasaba con su majestad, el miedo reptó por el suelo y se apoderó de mí. El corazón amenazaba con salirse de mi pecho.

Su dedo, el que había tocado, comenzó a tornarse negro putrefacto y se desprendió de su mano. Ella volvió a gritar y se levantó de su trono de piedra y se acercó hacia el rey. Él intentó ayudarla, pero nada pudo hacer. En la piel de su cara aparecieron manchas negras, las cuales se hicieron huecos y dejaban al descubierto la carne viva y parte de sus huesos. Su desesperación era tal que, las personas que estaban en el palacio dieron un respingo al unísono al ver el terror en los ojos de la reina. La mano, el brazo, el pecho y todo su cuerpo empezó a desintegrarse y en un abrir y cerrar de ojos, quedó reducida a carne podrida mal oliente. Su último grito fue desgarrador y quedó atrapado entre las paredes y mi cabeza. Su corona rodó por las escalones hasta mis pies y al sentir el contacto, reaccioné.

¿Es posible que yo le haya hecho eso? Solo había una forma de

comprobarlo.

Me doblé en dos para agarrar la corona y los guardias apretaron más las empuñaduras de sus espadas acercándose a mí. Me detuve, pero al ver que ellos no se acercaron más, la tomé en mis manos y antes de terminar de levantarla, se tornó oscura y se partió en dos pedazos quedando reducida a nada.

Grité.

Todos en el palacio retrocedieron. Los ojos del rey estaban confundidos y sorprendidos. Sin embargo, no era el único. Todos en el palacio no sabíamos qué era lo que estaba pasando. Sentía algo dentro de mí revolviéndose y eso me producía más miedo.

—¡Hechicera! —gritó, alzando su voz con una mezcla de autoridad y asombro—. ¿Qué le hiciste a mi esposa? ¡Contesta!

Apreté mis manos. Solté un suspiro. Sabía que me mataría.

—Su majestad... —dije. Me aclaré la garganta—. No sé qué pasó...

—¡Mientes! ¡Traidora!

Todos murmuraban, pero cuando me volví para verlos, retrocedieron asustados de mí.

—Mi rey, yo soy su sirvienta y jamás haría nada que traicionara su confianza...

Las venas en su cuello se le estaban hinchando y su cara estaba roja del enfado. Pude ver sus dedos cerrarse en puños de acero a tal punto que sus nudillos empalidecían.

Lo entendía. Hoy estaban todas las personas más influyentes del reino, reunidas en el palacio para celebrar el tercer embarazo de la reina. Un tercer heredero iba a nacer en cuatro meses.

He matado dos personas. Mi alma se fracturó al saber lo que había hecho. La reina ha intentado por más de una década dar un nuevo heredero al rey, pero año tras año no lo conseguía. El embarazo era un deseo que los dioses se lo habían negado y que estaba rompiendo su matrimonio poco a poco, pero que justo en el año que yo comencé a trabajar para el rey como hechicera, ella volvió a quedar embarazada. Esa fue la prueba que el rey necesitaba para creer en mi poder y en mi trabajo, pero que fue solo mera coincidencia.

—¡Nunca debiste usar tu poder en contra de los que ponemos un pan en tu boca! ¿Qué hechizo les hiciste a mi esposa y mi hijo? —gritó con dolor.

Una ligera cortina de lágrimas se había materializado en sus ojos, pero él es el rey, la fuerza personificada. Nunca lloraría.

No contesté. Estaba aterrada.

Miré nuevamente el lugar donde estaba la reina y solo había un montón de carne en mal estado. El olor ya había inundando la sala. El palacio del reino de Achernar era el más grande e importante entre todos los reinos, así como uno de los más seguros. Miré el techo abovedado de donde colgaban grandes arañas artesanales las cuales tenían ocho antorchas que le daban luz a la sala principal. La noche estaba a punto de caer y el frío se colaba por las grandes ventanas, donde ya había algunos cuervos mirando en silencio.

Cuando los presentes vieron a las aves, soltaron un grito se asombró. Murmuraban entre ellos por la presencia inesperada de ese animal, el cual estaba relacionado directamente con el inframundo. El rey levantó la mirada y vio a las aves mirándolo. Le graznaron.

—Tú también eres del inframundo —dijo, mientras me miraba. Sus ojos ardían en odio—. Tu poder es producto del inframundo.

Las aves empezaron a volar en círculos y sus graznidos asustaban a todos. Hace muchos años que no se les veía. La última vez que aparecieron fue cuando auguraron una invasión de un reino extranjero el cual casi nos conquista. Siempre han aparecido solo para traer desgracias. Esa es la razón por la cual las aborrecen y les temen.

Miré cada detalle del castillo. Grandes bloques de piedras que se levantaban hasta lo alto en tres niveles, a los lados habían ventanas cuadradas las cuales no solo proporcionaban aire fresco, sino que servían como puntos estratégicos para poder observar desde lejos la llegada de nuestros enemigos. La puerta principal estaba formado por dos grandes placas hechas en acero y bañadas en oro, las cuales estaban resguardadas por un puñado de guardias dispuestos a dar la vida si es que trataba de escapar. Estaba atrapa en una cárcel de rocas donde me aplastarían como la asesina que soy. No había forma de escabullirme, no había forma de huir.

El rey bajó los escalones. El rechinar de su armadura dorada me molestaba. Mientras avanzaba, su capa negra se arrastraba como una serpiente venenosa entre los matorrales. Nuestros ojos se conectaron y sus pupilas eran fuego vivo.

—¡Mátenla!

La orden del rey, por primera vez, se pensó dos veces. Nadie se acercaba, todos me miraban con miedo y eso me convertía en un monstruo. Un monstruo. Retrocedí un poco y nadie me siguió. Volví a quedarme quieta. El temblor en mi cuerpo no paraba y estaba segura que me matarían. Uno de los guardias dio un paso hacia delante y vi el resplandor de la hoja de acero de su espada. No soportaba la idea de que me degollaran, así que mi instinto de supervivencia se puso en marcha. Giré sobre mis talones y corrí hacia la puerta principal, pero el guardia me siguió y trató de detenerme.

Sentí que en ese instante algo dentro de mí se conectó con lo que soy y el tiempo pasó muy lento.

El guardia intentó cortarme con su espada y yo, por primera vez, pude sentir algo nuevo, extraño. Pude ver todas las células vivas en su cuerpo moviéndose, interactuando unas con otras, empujándose y cambiando de forma. Sentí la sangre caliente correr por sus venas, llegando hasta sus órganos vitales, llenándolos de vida y de luz. Entonces, mi cuerpo ansiaba la vida de su cuerpo, mis células necesitaban tragarse a las suyas.

Esquivé su espada y agarré su brazo. Sus células se tensaron y empezaron a revolotear en su cuerpo, pero las mías las acorralaron dejándolas sin salida y empezaron a comérselas y pudrir las a la vez.

Las estaban matando.

Y las mías se volvían más fuertes, más grandes. Se llenaban de vida y mi cuerpo empezó a acelerar sus funciones.

El grito del guardia hizo que quitara mi mano y siga corriendo. Giré para ver lo que pasaba y no era una pesadilla. El guardia tuvo el mismo final que la reina y la corona.

Algunos de los invitados corrieron despavoridos y empujaron a los guardias que custodiaban la puerta. Las placas se abrieron por el tumulto y aproveché el alboroto, Empecé una carrera sin descanso hacia el único lugar que conocía bien y en el cual podía moverme con facilidad. El bosque.

Algunos de los aldeanos me miraban con curiosidad y otros asustados, pero yo seguía mi camino sin hacer pausas. De ello dependía mi vida. Los altísimos árboles se levantaban a pocos metros de mí, delante de las gigantescas y blancas montañas al norte de Achnar. Llegué y crucé el lindero, mientras mis botas pisaban las ramas y hojas secas que yacían en el suelo. Mi jadeo, espantó a un grupo de aves rojas que alzaron vuelo y se escondieron entre los frondosos árboles. Me detuve y me escondí

detrás de un tronco seco. Me volví para ver si me seguían persiguiendo. El silencio era insoportable y desesperante, así que me adentré hacia las profundidades.

Esperé unos minutos. Una hora.

Nadie vino por mí.

Me miré las manos y no había nada extraño en ellas. Eran las mismas. ¿Qué había cambiado? La cabeza me empezó a dar vueltas, no comprendía que era lo que me pasaba. Yo no hago este tipo de hechizos, nunca lo he hecho. Me he dedicado a ser la bruja y oráculo del rey, cuando supo de mi poder, pero nunca he asesinado a nadie. He descubierto, durante éstos años, diferentes tipos de hechizos, pero no he logrado desarrollarlos a un nivel extraordinario. No entiendo la magia, no sé de donde viene y por qué la poseo, pero una vez mi padre me dijo: si tienes algo extraordinario, dalo a conocer al mundo y úsalo en el lado correcto.

Tenía un poder en mis manos; uno que acabó convirtiéndose en una maldición.

Y aquí estoy.

Sentada con las manos en los bolsillos para evitar destruir algo más. Cierro los ojos y recuerdo el miedo en sus miradas, los murmullos, los gritos de terror. El corazón se me encoge y empiezo a llorar. Las lágrimas se sueltan y cada vez son más. Llenan mi cara. Tengo una extraña sensación de dolor y de miedo que me recorre todo el cuerpo. Miro el bosque y todo está en silencio, vacío. Me siento sola. Sola.

Arrastro mis piernas hasta que mis rodillas tocan mi barbilla y me quedo ahí llorando. Luego que han pasado más horas, la oscuridad ya es total, solo la luna lanza una nebulosa plateada que se filtra entre las copas de los árboles. No hay nadie más aquí, ni siquiera los animales. Ellos también se han escondido. Diseño en mi cabeza el hechizo que quiero materializar y lo lanzo. Polvos púrpuras aparecen y se desprenden de la yema de mis dedos y van formando luciérnagas. Llenan cada rincón de puntos luminosos con un patrón fijo. Vuelan por doquier emitiendo un silbido particular que me gusta. Son hermosas. La cara de mi madre pasa por mi mente. Me hacen recordarla. Con ella fue la primera vez que vi una cuando era niña.

Estábamos recogiendo agua del lago y yo divisé entre los árboles un puntito luminoso moviéndose. No era una planta, ni una hoja, así que me separé de mamá y la perseguí. Al estar cerca, pude ver que era una luciérnaga. Era maravillosa, nunca antes había visto tal cosa y no solo se

quedó grabada en mi cabeza, sino en mi corazón.

—Luciérnagas —dijo mi madre.

La miré. Una sonrisa dulce se dibujó en su cara.

—Son hermosas —comenté.

Ella asintió.

—Cuando conocí a tu padre, él me regaló una botella transparente llena de ellas. Decía que cuando tenga miedo de la oscuridad las despierte para que ellas iluminaran mi camino, para que me hagan compañía.

Mamá se acercó más a mí y me abrazó fuerte. Una de sus manos agarró la mía y acaricié su piel suave. El olor a orquídeas que emanaba su cuerpo me recuerda a casa. El silbido de las luciérnagas sonaba cerca de mis orejas y miré hacia el cielo. Mamá y yo nos separamos un poco, sin soltarnos. Todo el bosque estaba iluminado.

Estiramos las manos y varias de ellas se posaron en nosotras. Las pude tocar. Sus patitas alambradas me hacían cosquillas.

—¿Tener miedo es malo? —le pregunté.

—Claro que no, cariño —me susurró—. Tener miedo es lo que nos hace humanos, sensibles, pero no vencerlo nos hace cobardes. Nunca debes dejar que te dicte que hacer, porque todo lo que se hace con miedo, a veces nos termina alejando de lo que queremos.

Asentí en señal de afirmación y la abracé muy fuerte entre las decenas de luciérnagas que volaban alrededor de nosotras. Nunca lo olvidaré.

Es por eso que las he despertado ahora, para que me hagan compañía, pero no estoy segura si mamá querrá venir al bosque a verlas con un monstruo como yo. Una de las luciérnagas quiere posarse en mis manos, pero rápidamente la espanto. No quiero hacerle daño. Tengo que aceptar que hay algunas cosas que jamás podré acariciar. Solo me limito a mirarla, a ver lo mágica que es.

Unos gritos provenientes del reino, me sacan de mi ensimismamiento. Me levanto y avanzo hasta llegar al inicio del bosque. Levanto la mirada y veo humo negro pintando el cielo. Tengo una angustia creciendo dentro de mí. Agudizo mi oído y logro escuchar otro grito.

Corro desesperada de regreso hacia el reino, porque el grito que he

escuchado es el de mi madre.

COMENTA VOTA COMPARTE

 JONATHAN MARIÑAS WATTPAD

 @LECTORESMARIPOSASDORADAS
@JONATHANESCRITOR

**¡ÚNETE A
NOSOTROS!**

Capítulo 2

MARIE

Veo como arrastran a mi madre de los cabellos.

El miedo empieza a bullir dentro de mí. Me detengo en seco y me confundo entre la multitud. Uno de los guardias empuja a las personas y les pregunta por mí. Bajo la mirada y me pongo mi capucha para que los demás aldeanos no me reconozcan.

Mi padre se suelta del agarre de dos guardias, pero uno de ellos le golpea la cara, mientras que el otro le impacta en la espalda la empuñadura de su espada. Gime de dolor. Su grito me recuerdo al de la reina. Ojo por ojo, diente por diente. Esa es la frase más usada por el rey. Ahora que he matado a su esposa y a su futuro heredero, hará todo para que me entregue, incluso, me arrebatará mi familia, como yo le arrebaté la suya.

Intento abrirme paso entre las personas, pero recuerdo que no puedo tocar a nadie, así que solo utilizo mis hombros. Escondo mis manos detrás de mí. Hay cerca de cuarenta guardias alrededor de mi casa que está ardiendo en llamas. Todo se está consumiendo y el crepitar del fuego se confunde con los murmullos del gentío. Las lenguas de fuego crecen alimentadas por el aire y forman extrañas sombras alrededor de los que estamos cerca. Las dos cabras de Victorino, mi hermano menor, balan desesperadas para liberarse de las sogas que tienen amarradas al cuello. Están en un corral de madera junto a mi casa. El fuego se acerca muy rápido y poco a poco las envuelve. Las está carbonizando. Solo los más jóvenes se sorprenden, los demás solo miran. Ya están acostumbrados a este tipo de situaciones crueles por parte del rey. Dos guardias tienen a mi padre, otro arrastra a mi madre por la calle y los demás están alertas con sus espadas buscándome. Saben que apareceré.

—¿Mami, dónde estás?

La voz de Victorino es lo que termina de romperme. Uno de los guardias lo ha tomado fuerte del brazo y lo lleva a empujones. Verlo tan indefenso y expuesto por mi culpa, hace que me imagine las cosas que el rey Aragón puede hacerle. Desde colgarlo en la horca en la plaza central hasta cortarle las manos, tal como lo hizo con uno de los niños del reino, por tratar de robar una pieza de oro a uno de sus guardias cuando recolectaba los minerales de las minas. Un día después, murió al desangrarse y de dolor. Las hierbas medicinales no fueron suficientes para sanarlo. Aún recuerdo el sufrimiento y la tristeza en los ojos de sus padres.

—¡Suéltalo! —reclama mi padre, mostrándole los dientes.

Recibe otro golpe. Sus rodillas se doblan y cae al suelo.

—¡No! —grita mi hermano.

A los tres los arrastran hasta la plaza central. Todos los aldeanos se mueven en masa y yo me cuelo entre ellos sin perder de vista a mi familia. Mi mente está tratando de crear un plan ahora mismo, pero el miedo se interpone creando grandes bloques invisibles en mi cabeza. Las ideas nacen y estos bloques las destruyen. Mi cabeza está vacía. Los gritos de los aldeanos me confunden.

Pasan unos minutos y llegamos hasta la plaza central en donde el rey está montado en su elegante y majestuoso caballo. El resplandor de su corona con tres grandes puntas mirando al cielo se impone ante todos. Es el símbolo del poder, la prueba de que es descendiente directo de los dioses. El cuadrúpedo mueve su larga cola y se acomoda la capa negra del rey que descansa en su parte trasera. El rey Aragón tiene la misma mirada de odio cuando maté a la reina. A los tres los arrodillan a la fuerza delante de él. Los mira como si fueran cucarachas o ratas del lago negro. Luego, escupe sobre la cara de mi madre. Su escupitajo se confunde con las lágrimas en su rostro. Ella levanta una de sus manos y se limpia.

Los ojos del rey arden en fuego.

—¿Dónde está la bastarda de tu hija? —pregunta. Su voz tiene otro dejo. Es más fría que antes. Sin la reina, quien le proporcionaba y enseñaba la nobleza, puede dejar salir todo el desamor que tiene dentro.

—No lo sé, su majestad —contesta mi madre entre sollozos.

Lanza una mirada panorámica sobre el lugar y yo me encojo.

—A todo el mundo le digo que, Marie Wytte, la hechicera que trabajaba para mí, hoy lanzó un hechizo sobre la reina y la mató —hace un esfuerzo al decir la última palabra. No quiere mostrarse débil ante su pueblo—, por ello, desde hoy es declarada traidora al reino de Achernar y deberá pagar con su vida esta traición. Aquella persona que la esconda, le dé comida o sea su cómplice, será ahorcada en la plaza central junto a su familia. Y quien me la entregue con vida, será recompensado con cien monedas de oro.

Mi madre abre los ojos por lo que acaba de escuchar. Su cara de angustia me duele.

—¡Mi hija no es una asesina! —le reclama.

Uno de los guardias le golpea la cabeza por detrás con la empuñadura de su espada. Su grito me llega hasta el alma. Cae estrepitosamente al suelo y levantando una leve cortina de polvo. Sigo avanzando entre los aldeanos y me detengo a pocos metros de salir entre el gentío.

—¡Mami! —grita Victorino.

Se levanta, se escurre de las manos de uno de los guardias y llega hasta mamá. Le toma la cabeza y limpia la tierra de su cara.

—No pasa nada, Vic. No pasa nada —susurra.

Puedo leer sus labios.

Mi hermano pequeño mira su mano y está llena de sangre. Le han roto la cabeza a mi madre. Su pequeña mano tiembla y se limpia en su ropa. Deja una mancha escarlata en forma de líneas. Está asustado. Mamá lo mira y le da una sonrisa calmada. No quiere que guarde recuerdos tristes ahora. Lo entiendo, sé lo que mamá quizás está pensando, si hoy mueren, hará todo lo posible para que Victorino sufra menos.

Su sacrificio y su resignación explotan dentro de mí, sin embargo no me pongo en marcha. El miedo me ha congelado por completo.

—Dejen en paz a mi familia —grita mi padre. Su ojo izquierdo se le está poniendo morado. Mira a su alrededor y se da cuenta que está solo. Ningún aldeano, por más amistad y cariño que les tengan, se revelará contra el rey. Nadie lo hará, porque sería como entregarse a la muerte. Mira a los guardias. Son demasiados para él. Incluso luchar, implicaría dejar desprotegidos a los que ama y los matarían, sin duda. Aprieta los ojos con fuerza—. Por favor, majestad... deje ir a mi esposa y mi hijo. Déjelos volver a casa —al decir la última palabra su voz vacila. Ya no hay casa a donde volver—. Yo me haré responsable de todo.

El rey lo mira. Avanza con su caballo hasta estar a pocos metros de él y le pide a sus guardias que lo levanten. Lo alzan con fuerza y jalen sus cabellos para que alce la mirada.

—Haré lo que me pides —susurra. Sus ojos oscuros—, pero dime, ¿dónde está tu hija?

La cara de mi padre es un dilema. Aprieta sus labios, no quiere dejar salir una mentira y tampoco quiere revelar mi ubicación, porque lo sabe. Él siempre me decía que cada vez que haya algún problema, corra al bosque. Corra y me quede ahí esperándolo. Y así lo hice. Lo esperé, pero nunca llegó, o mejor dicho, no lo dejaron. Sin duda, yo sabía que él

llegaría por mí, pero las cosas han cambiado, yo he regresado por él.

—No lo sé —susurra.

Por primera vez lo veo llorar con tanto dolor y amargura. Sabía lo que les esperaba.

Miro a mi alrededor para poder utilizar algo y salvarlos a todos, pero una pequeña parte de mí me vocifera que salvar a todos no es posible. Nunca se puede salvar a todos.

Y entonces, lo que pienso se confirma.

El rey saca su espada tan veloz como un rayo, y sin pensarlo dos veces, le corta la cabeza a mi padre. Mi cuerpo se congela totalmente. Cierro mi boca para no gritar por lo que acaba de ocurrir. El grito de mi madre se escucha en toda la plaza y, en medio de su dolor, piensa en Victorino. Le tapa los ojos con sus manos, mientras ambos se hacen un ovillo. Siento algo martillando mi pecho, asfixiándome como si unas manos se enredaran alrededor de mi cuello. La cabeza de mi padre se desprende de su cuerpo y rueda hasta los pies de mi madre.

Lo ha matado y yo no pude hacer nada por el miedo que sentía. La vida se me viene abajo de un tirón, y mi visión de cierra en un remolino que mancha de escarlata todo, de suelo a cielo, al ver a mi padre desplomándose. Los recuerdos vienen una y otra vez en imágenes borrosas y difusas donde mi padre tiene una amplia sonrisa que le llega a los ojos, pero poco a poco se va disolviendo hasta que no queda nada más que oscuridad en mi mente. Cierro los ojos y hay lágrimas que resbalan por mi piel hasta llegar a la comisura de mis labios. Me lo arrebató.

Dejo de esconder mis manos y cierro mis dedos en puños. El miedo que siento se va convirtiendo en odio. Un odio incontrolable que crece con cada respiro, con cada segundo.

El rey baja de su caballo con su espada y regresa la mirada a mi madre y mi hermano. Una sonrisa fría asoma en su rostro.

Ellos son los siguientes.

°COMENTA

°VOTA

°COMPARTE



JONATHAN MARIÑAS WATTPAD



@LECTORESMARIPOSASDORADAS

@JONATHANESCRITOR

¡ÚNETE A
NOSOTROS!